

Misioneros Claretianos: Testigos de Paz y Reconciliación

Al recordar las tres semanas que la mayoría del grupo de los mártires claretianos de Barbastro permanecieron encarcelados en el salón de actos del colegio de los escolapios de esa ciudad, nos vienen a la mente un sinnúmero de preguntas. ¿Qué sentimientos afloraron en sus corazones durante aquellos días? ¿Qué personas iban apareciendo en su memoria en un momento en que intuían que ya no les sería posible volverlas a encontrar? ¿Cómo veían a quienes les habían detenido y vigilaban su encarcelamiento?

¿Por qué tanto odio contra la iglesia y contra quienes se confesaban seguidores de Jesús? Seguramente se preguntaban esto y mucho más. Pretendieron entender. No sabemos si lo consiguieron totalmente. Ahora bien, por lo que ellos mismos escribieron o por lo que nos contaron quienes fueron, de algún modo, testigos de su itinerario hacia el martirio, sabemos que murieron perdonando y deseando un mundo en el que todos se sintieran hermanos y en el que se viviera concretamente esta fraternidad. Era un deseo fuerte, gritado desde el fondo del corazón de unas personas que, sin odiar a quienes les habían condenado sin juicio, afrontaban, sostenidos por su fe, una muerte injusta. Cuando el odio siembra la muerte, la fe y el perdón se convierten en fuentes de vida y esperanza, en instrumentos de la instauración de la verdadera justicia para todos.

El perdón hace posible una paz duradera y una justicia que alcance a todos. De todos modos, “reconciliarse” no significa olvidar la injusticia, sino vencer al mal con el bien, como nos enseña Jesús (cf. Mt. 5,38-45) o como nos indica el apóstol Pablo: “No te dejes vencer por el mal, por el contrario, vence al mal haciendo el bien”. Escribe el Papa Francisco en la encíclica “Fratelli tutti”: “Perdonar no quiere decir permitir que sigan pisoteando la propia dignidad y la de los demás, o dejar que un criminal continúe haciendo daño. Quien sufre la injusticia tiene que defender con fuerza sus derechos y los de su familia precisamente porque debe preservar la dignidad que se le ha dado, una dignidad que Dios ama” (FT. 241). Y continúa el Papa en el siguiente número: “La clave está en no hacerlo para alimentar una ira que enferma el alma personal y el alma de nuestro pueblo, o por una necesidad enfermiza de destruir al otro que desata una carrera de venganza... No podemos ponernos de acuerdo y unirnos para vengarnos, para hacerle al que fue violento lo mismo que él nos hizo, para planificar ocasiones de desquite bajo formatos aparentemente legales. Así no se gana nada y a la larga se pierde todo” (FT 242).

Visitar el museo que guarda el recuerdo de los mártires claretianos de Barbastro es una

invitación a pensar en el origen de la violencia y en las consecuencias que conlleva. El mejor servicio que se puede hacer al que ha hecho sufrir injustamente es desear vivamente su conversión y ayudar a hacerla posible.

No es fácil creer que el amor sea el único camino para ayudar a superar el odio y sanar las heridas que éste deja en el corazón de las personas y en la memoria de los pueblos, o que el perdón sea el único instrumento capaz de alumbrar una reconciliación verdadera y construir la paz que la humanidad anhela. Siempre sigue presente la tentación de imponerla por la fuerza.

Dejemos que nos hable de nuevo el Papa Francisco: “Los que perdonan no olvidan, pero renuncian a ser poseídos por esa misma fuerza destructiva que los ha perjudicado. Rompen el círculo vicioso, frenan el avance de las fuerzas de la destrucción. Deciden no seguir inculcando en la sociedad la energía de la venganza que, tarde o temprano, termina recayendo una vez más sobre ellos mismos... El perdón es precisamente lo que permite buscar la justicia sin caer en el círculo vicioso de la venganza ni en la injusticia del olvido” (FT 251).

Todos anhelamos la paz. La visita a este museo-memoria nos ayuda a descubrir el camino para alcanzar esta meta. Los claretianos mártires de Barbastro supieron perdonar. Ellos deseaban un mundo sin odio y sin violencia. Ellos fueron testigos de paz y reconciliación.

Josep M. Abella, cmf.